



## Ponente

**GÁDOR JOYA<sup>1</sup>**

Doctora en Medicina. Especialista en Pediatría

Muchas gracias, Consuelo. Muchas gracias a todos.

Yo quiero agradecer a la Universidad San Pablo CEU y a los organizadores del Congreso, primero, que se organice este Congreso, que ya lleva muchas convocatorias y muchas celebraciones.

El título de mi charla es *“La defensa del derecho a la vida: un compromiso de todos”*, y yo creo que el hecho de que este Congreso se lleve a cabo demuestra el compromiso del CEU y de sus organizadores en llevar a cabo esa defensa en la vida pública. Me siento muy honrada. Para mí es un honor poder estar aquí. Quiero saludar a todas las personas que, por las circunstancias de la pandemia este año, nos están viendo a través de la red.

Voy a empezar con unas palabras de Benedicto XVI, que pueden sentar la base un poco de lo que va a ser mi charla y dice: *“Sin el principio fundador de la dignidad humana sería arduo encontrar una fuente para los derechos de la persona e imposible llegar a un juicio ético sobre las conquistas de la ciencia que intervienen directamente en la vida humana. Es necesario, por tanto, repetir con firmeza que no existe una comprensión de la dignidad humana ligada solo a elementos externos como el progreso de la ciencia, la gradualidad de la formación de la vida humana o el pietismo fácil ante situaciones límite. Cuando se invoca el respeto por la dignidad de la persona, es fundamental que este sea pleno, total y sin condicionantes, excepto los de reconocer encontrarse siempre ante una vida humana”*.

<sup>1</sup> Transcrito por audición.

Estas palabras las pronunció Benedicto XVI en la Asamblea General ante la Pontificia Academia para la Vida en febrero de 2010, pero en estos momentos cobra muchísima más relevancia. Benedicto XVI apela a la dignidad del ser humano como principio que fundamenta todas las acciones humanas. Un principio que ha de ser universal e inmutable y no debe estar sujeto a modificaciones temporales, circunstanciales o en función de criterios políticos, científicos, económicos, ideológicos, utilitaristas o de cualquier otra índole.

Resulta especialmente importante reflexionar sobre la relación entre dignidad humana y el derecho a la vida, sobre todo en estos momentos en los que, como consecuencia del avance del desarrollo tecnológico de la biología molecular, se abren o aparecen nuevas fronteras jurídico-científicas y se presentan nuevos dilemas éticos en el ámbito de la ciencia de la vida. Dilemas que afectan, fundamentalmente, a los estadios en los que el ser humano es más débil o más vulnerable, como son el comienzo de la vida y el final de la misma.

Hoy el científico se encuentran ante el reto de no caer en la corriente cientifista que concibe la ciencia experimental como el único modo de conocimiento objetivo válido, ignorando la existencia de una antropología filosófica o religiosa del hombre, infravalorando a la persona y olvidando, por tanto, el principio de dignidad humana; pero el científico tampoco ha de caer en el utilitarismo, cuyo principio consiste en elevar la utilidad a la categoría de principio moral, y que lleva a cosificar al ser humano y condicionar el respeto hacia su vida y hacia su dignidad sobre la base de su utilidad, su necesidad o su productividad, olvidando que cada persona es un bien en sí mismo, un sujeto único e irrepetible y con una dignidad que es incompatible con la posibilidad de que se le instrumentalice o se le cosifique.

Esto se puede ver muy bien en el desarrollo o en la puesta en práctica de las técnicas de reproducción asistida, que en un principio se concibieron como ayudas para concebir, pero, sin embargo, a día de hoy llevan a cabo prácticas que consisten o que pueden suponer a través del diagnóstico preimplantacional una selección prenatal del ser humano, en donde determinados embriones que no pasan unos criterios establecidos *a priori* de calidad son desechados como mero material orgánico, o a la creación de embriones humanos como tratamientos médicos, que son seleccionados sobre la base de que puedan servir o no para curar a otro.

Es importante que nos concienciemos, en concreto, en todas las prácticas, pero esta muerte de embriones es una muerte especialmente

silenciosa y especialmente ignorada, cuya dimensión es a día de hoy incalculable.

He comenzado hablando del ámbito científico porque, cuando la ciencia se olvida de la dignidad del ser humano, está perdiendo el principio que la inspira, que no es ni más ni menos que procurar una vida más digna para toda la humanidad.

Fuera del ámbito científico hemos de reconocer que ha sido el poder político el que, amparándose en la autoridad de haber sido elegido por una mayoría social, no en pocas ocasiones se ha erigido y se ha autootorgado la potestad de decidir qué seres humanos merecen vivir y qué seres humanos merecen o no ser sujetos de derecho.

Estas decisiones políticas han sido, son y están siendo sostenidas, por una parte, por la ideología de género más radical que impregna todos y cada uno de los ámbitos de la vida social, pero también—y hay que denunciarlo—por unos intereses económicos que están detrás de las acciones de muchos organismos internacionales y de muchas multinacionales que se lucran a costa de la vida de millones de seres humanos y que han conseguido introducir en nuestra sociedad conceptos como el del derecho a decidir sobre la vida propia o sobre la vida de otros.

Esto ha llevado a los Gobiernos a aprobar leyes, por ejemplo, como la que tenemos actualmente en España, que convierte el aborto en un derecho de la mujer, o a legalizar la eutanasia como un derecho a elegir el final o el momento de nuestra propia muerte, pero poniendo, además, a toda la sociedad al servicio de esta decisión y obligando a terceros a ser quienes acaben con la vida de otro.

Todo esto, como he comenzado al principio de mi charla, basándose en una falsa piedad en ese pietismo fácil —del que habla Benedicto XVI— que justifica el abandono al más débil, al fin y al cabo, y que permite, como hemos dicho, por ejemplo, crear un número ilimitado de embriones con el fin de ayudar a una pareja a concebir, o crear y desechar embriones que sirvan de tratamiento con el fin de curar a una persona enferma que sufre, legalizar el aborto con el fin de evitar una vida penosa para el hijo o para la madre, o legalizar la eutanasia con el fin de paliar un sufrimiento eliminando al que sufre. Todo esto amparado, como digo, por una falsa piedad, que no es ni más ni menos que una excusa para limpiar nuestras conciencias.

Todos estos frentes abiertos, de los cuales muchos se deben al desarrollo tecnológico, suponen hoy un reto enorme y, en este sentido, los ataques a la vida, en medio de estas nuevas fronteras jurídico-científicas

que tenemos, y al derecho a la vida arrecian, pero no son nuevos. Tampoco es nuevo —y es un hecho cierto— que, en la historia de la humanidad, los hombres han luchado por defender los derechos del ser humano, basándose, precisamente, en la dignidad personal e individual de cada uno.

En cierto modo, la lucha o los movimientos cívicos han existido siempre, y se ha librado en paralelo esta batalla desde la sociedad civil, que yo creo que es la batalla que se defiende de una manera más genuinamente desinteresada y que no tiene otro interés que preservar aquello que nos pertenece por esencia, que es nuestra dignidad como ser humano.

Tenemos ejemplos de cómo a lo largo de la historia al ser humano se le ha despojado de su dignidad para poder poseerlo, como ha ocurrido con la esclavitud, o se han decidido —como está pasando ahora también con los embriones— determinados criterios de calidad para llevar a cabo una limpieza étnica, como ha ocurrido con el apartheid o el nazismo, y siempre, al final, nos hemos encontrado a una sociedad comprometida que ha luchado para acabar con estos fenómenos.

Sin embargo, a pesar de que la lucha de la sociedad siempre ha estado ahí, viendo tal y como está ahora mismo la situación o la perspectiva que hay de ataque férreo hacia la dignidad y al derecho a la vida, podríamos preguntarnos cómo hemos podido llegar hasta aquí, cómo esas luchas, al final, no han conseguido tener éxito.

Precisamente, es aquí, en este Congreso en el que estamos, que lleva como nombre “Católicos y Vida Pública”, en donde yo querría plantear y hacernos la pregunta de por qué hemos llegado hasta aquí y qué responsabilidad tenemos todos y cada uno de nosotros para que esta situación haya llegado a ser la que es.

Miremos en dónde entra en juego nuestra responsabilidad y nuestro papel para que el avance de la cultura, no solo de la cultura de la muerte, sino del utilitarismo y del individualismo, en donde se ponen nuestros intereses y nuestro propio bienestar por encima de todo, o del relativismo, en donde todo depende de las circunstancias, del criterio de cada uno o de la propia legalidad, y en donde parece que la única verdad absoluta es que no hay ninguna verdad absoluta, cuando sabemos que esto no es así.

Quiero apelar, humildemente, a que hagamos un poco examen de conciencia de cuál es esa responsabilidad, qué parte de responsabilidad tenemos y qué no hemos hecho para poder llegar a donde estamos. Esa responsabilidad que es una responsabilidad personal, única e intransferible que como personas —y además, en nuestro caso, como católicos— tenemos ante cada uno de esos intentos de atacar la dignidad del ser humano.

Yo siempre he pensado, y me ha tocado hacerlo muchas veces, lo creo y tengo esa firme convicción de que la defensa del derecho a la vida ha de llevarse a cabo desde unos postulados que, sin duda basándose en el humanismo cristiano, no dejen a nadie fuera.

No quiero con esto dar a entender que tengamos que renegar o que debamos hacer una renuncia previa a nuestras convicciones religiosas, a nuestras creencias y a nuestra fe, sino que esa apertura y esa disposición a defender el derecho a la vida desde unos postulados basados en la ley natural, en el derecho natural, supone un acto de generosidad hacia el otro, hacia aquellos que no piensan como yo y que, tal y como yo creo, no han tenido esa suerte que hemos tenido nosotros de haber recibido, de conocer y reconocer la verdad con mayúsculas, que es que desde el momento de la concepción existe una nueva vida humana, con una dignidad intrínseca distinta, un nuevo ser vivo de la especie humana distinto a su padre, distinto a su madre, y con una dignidad que debe ser defendida hasta el final.

Porque solo hay un momento, solo hay un preciso instante en donde comienza la vida humana. Esto es algo innegable de todo punto. No hay un solo científico sobre la faz de la Tierra que niegue que en el momento de la concepción aparece un nuevo ser vivo de la especie humana. Aquellos que niegan esa verdad, no saben o no son capaces de identificar un momento tan preciso y tan exacto como es el de la concepción. Solo en ese momento se puede afirmar que se crea un nuevo ser dotado de plena dignidad como persona.

Esto es fundamental tenerlo muy claro, porque uno de los argumentos que se utilizan para legalizar la eliminación sistemática de todos los seres humanos concebidos antes de nacer es que durante las primeras fases de su desarrollo no se puede afirmar la humanidad de los mismos y estos no poseen entidad como persona. Sin embargo, como digo, los defensores de estos postulados no son capaces de explicar en qué momento el ser humano adquiere esa dignidad como persona que le hace ser poseedor del derecho a la vida.

El hombre se desarrolla en una permanente evolución también desde el punto biológico, y afirmar que la gradualidad de la vida humana ocurre solamente durante el periodo de la gestación demuestra un enorme desconocimiento de lo que es la antropología y la biología del ser humano.

Esta verdad innegable desde cualquier punto de vista debe ser la que sienta las bases para cualquier debate, dilema, ley o consideración sobre el tratamiento que se le dé al ser humano en esos momentos de la vida. Es una verdad que, además, conocemos y, como digo, tenemos la suerte,

sin merecerlo, de conocer y de reconocer, y que nos debe evitar hacer caer en la tentación de colocarnos en una posición de superioridad moral, sino que hemos de hacerlo, como digo, allá donde nos encontremos desde el reconocimiento del otro y del don gratuito que hemos recibido de conocer esa verdad.

¿Por qué hemos recibido ese don? Digo que tenemos una responsabilidad mayor si cabe, única, como digo, personal de transmitirlo y de defender esa verdad. Es ciertamente tentador limitarse a votar cada cuatro años y pasarnos el resto del tiempo lamentándonos de cómo los distintos Gobiernos gestionan estos temas, pero nos olvidamos de que, en la medida en que nosotros hagamos saber a nuestros gobernantes que para nosotros estos temas y estos principios cuentan, ellos los considerarán más o menos durante su gestión y, para eso, otra reflexión a la que yo quiero llegar hoy, aparte de pensar cuál es nuestra responsabilidad personal, es hasta qué punto para nosotros verdaderamente estas cosas cuentan, porque tenemos que tener muy claro hasta qué punto estas cosas cuentan para nosotros para después hacérselas llegar, hacérselas sentir a nuestros gobernantes, porque esto es otra forma de hacer política.

Lo ha dicho el Papa Francisco: *“La política no es solo para los gobernantes”*. Hacemos política también como ciudadanos haciéndoles saber a ellos que para nosotros estos principios cuentan. Hemos de hacérselo saber porque ellos, los gobernantes y los políticos, muchas veces manifiestan su voluntad de hacer, pero de nosotros depende que esa voluntad se transforme en una acción eficaz, protectora y respetuosa con la dignidad del ser humano.

Lo ha dicho el Papa Francisco: *“No ser insignificantes”*. Dice el Papa: *“El problema no es ser pocos sino ser insignificantes, convertirse en una sal que ya no tiene sabor de Evangelio o en una luz que ya no ilumina”*.

Tenemos que reflexionar hasta qué punto estas cuestiones cuentan a la hora de hablar, a la hora de actuar, a la hora de estar y a la hora de decidir también nuestros votos, y lo tenemos que tener en cuenta sabiendo que tenemos que responder a estas cuestiones de una manera activa y proactiva porque —y eso es así, lamentablemente, muchas veces es así— reaccionamos tarde, a veces cuando ya hay poco que hacer.

A mí hay un pasaje del Evangelio de Mateo, Mateo 10,27, que me interpela siempre que lo oigo y que dice: *“Lo que os digo en la oscuridad, decidlo a la luz, y lo que os digo al oído, pregonaadlo desde la azotea”*. En mi tierra, en Andalucía, todos sabemos lo que es una azotea y yo me imagino que todos los saben; las azoteas de nuestra tierra, en las casas blancas, son las terrazas, la parte de arriba de las casas.

Yo siempre he interpretado este pasaje y he interpretado esa oscuridad de la que habla de *“lo que os digo en la oscuridad, decidlo a la luz”* como una verdad, no una verdad oscura, sino una verdad de luz, que, como digo, hemos tenido la suerte de conocer, y a partir de ahí cada uno tiene que decidir cuál es su azotea, pero lo que es evidente es que cada uno tenemos una azotea desde la cual tenemos que salir a pregonar esa verdad.

Cada uno tiene una azotea y tiene que saber cuál es, por muy pequeña, por muy rudimentaria, por muy pocos metros cuadrados que tenga, pero que una azotea tenemos es algo que tenemos que tener muy claro.

Cada uno puede tener una azotea que puede ser la de su casa, la de su familia, la de su trabajo, la de su bar, la de su vagón de metro, la de su gimnasio, la de su aula, la de su micrófono o la de su escaño, pero que una azotea tenemos eso es algo innegable, y, en el momento en que nosotros neguemos esa realidad, el suelo de esa azotea se derrumbará bajo nuestros pies y nos encontraremos en un vacío, en el que además arrastraremos a toda la sociedad y a aquellos más débiles a los que tenemos que defender, que nos llevará, desde luego, a una situación mucho peor de la que estamos ahora.

Por eso, el título de mi charla: *“La defensa del derecho a la vida: un compromiso de todos”*. Un compromiso irrenunciable y me gustaría que si esta tarde cada uno tuviéramos claro dónde está o cuál es nuestra pequeña azotea, desde la que tenemos que pregonar esa verdad que hemos conocido y a la que se nos insta a pregonar de una manera urgente, porque el tiempo no espera, estas corrientes utilitaristas, esta cultura que atenta contra el derecho a la vida no espera en casa.

Cuanto antes nos demos cuenta de cuál es nuestra azotea y de lo urgente que es defender y salir a pregonar esa verdad desde la azotea, un bien mayor estaremos haciendo hacia todos esos seres humanos que están siendo eliminados.

Además, tenemos unas azoteas especialmente equipadas, unas azoteas que ya las hubieran querido los primeros cristianos para ellos. Tenemos unos medios y unas herramientas de un valor incalculable que, desde luego, hacen que no podamos tener ni una sola excusa para renunciar a este compromiso de colaborar a se defienda el derecho a la vida.

Tenemos herramientas para formarnos e informarnos. Tenemos que informarnos; yo todavía hablo con gente que sí que están metidas en la actualidad, que todavía no conocen o no tienen clara, por ejemplo, cuál es la ley del aborto que rige en España, que todavía no tienen claro qué se

está proponiendo con la ley de eutanasia, que todavía no tienen claro que se permite hacer con los embriones. Es imposible, si no nos informamos de cuál es la situación ahora mismo en nuestro país, poder contrarrestarla. Por tanto, tenemos que informarnos, tenemos que formarnos.

La cultura de la muerte avanza siempre sobre la base de una mentira, siempre. Yo quiero recordar que el aborto en Estados Unidos se legalizó sobre la base de una mentira que llevó a que se dictara la famosa sentencia *Roe vs. Wade*, y se basó en una mentira en la que una mujer, que posteriormente la reconoció y se convirtió en una defensora a ultranza del derecho a la vida, mintió sobre el origen de su embarazo. Dijo que había sido violada y, a partir de ahí, se organizó y se diseñó una estrategia para que se legalizara el aborto en Estados Unidos y aún sigue vigente. Esa sentencia todavía sigue vigente sobre la base de una mentira.

La cultura de la muerte cabalga sobre la base de la mentira; por eso hay tanto interés en que la mujer, por ejemplo, no conozca la verdad del aborto; por eso hay tanto interés en que no se le ofrezca una ecografía, que no se le informe y no se le enseñe esa ecografía para que pueda saber la realidad de su gestación; por eso hay tanto interés en que no sepa qué otras alternativas tiene a la práctica del aborto; por eso hay tanto interés en utilizar casos excepcionales de personas en fase terminal o de personas en situaciones con enfermedades irreversibles que sufren, y hay tanto interés en que esas personas no sepan que pueden tener una alternativa a su sufrimiento, para utilizarlas como icono para la legalización de la eutanasia.

Todo esto tenemos que conocerlo y todo esto tenemos que saberlo, porque la ignorancia hace esclavos, y por eso siempre los defensores de esta cultura que atenta contra el derecho a la vida van por delante de nosotros, porque otra cosa que tenemos que conocer es cuáles son los argumentos que utilizan para defender el aborto y defender la eutanasia.

Tenemos que conocer la realidad de nuestra sociedad, tenemos que conocer la verdad y tenemos que saber por qué otros van en el sentido contrario al que nosotros, como hemos dicho, debemos ir para defender la dignidad y el derecho a la vida.

Tenemos que conocer cómo se manipula el lenguaje para presentarnos escenarios que son completamente ajenos a la realidad. Por ejemplo, antes se ha hablado de los embriones. El término *preembrión* se ha acuñado. Un término que nadie reconoce en el mundo científico, pero se ha acuñado para definir al ser humano en sus primeros 14 días de vida, utilizando un término *pre-* que da la impresión de que es *prehumano*, ¿qué



es un preembrión?, es algo que no es embrión, es algo que no existe. Ese término se está utilizando, se está difundiendo y se está (inaudible).

En fin, tenemos herramientas suficientes y de sobra para llegar a este conocimiento, para poder difundirlo, para poder adaptarnos a la forma que nuestros hijos hoy aprenden y hoy conocen. Para eso, tenemos que conocer, saber manejar y utilizar el lenguaje que ellos utilizan, las herramientas que ellos utilizan, porque es en la familia en donde vamos a poder empezar a desarrollar ese compromiso ineludible que todos tenemos, que es la defensa al derecho a la vida.

Es en la familia en donde nosotros tenemos que ser capaces de transmitirles a nuestros hijos con nuestro ejemplo, con nuestras palabras, con nuestras actitudes y con nuestra valentía el compromiso que ellos deben adquirir, sin abrirle la puerta al más mínimo relativismo, siendo claros en las verdades absolutas que defendemos y, sobre todo, como digo, dando ejemplo. Nos tienen que ver dar ejemplo, porque el ejemplo arrastra, y cuánto más si se lo da un padre o una madre.

Hemos de salir de la sensación de fracaso general que tenemos hoy en día, esa sensación de que no se puede hacer nada para volver hacia atrás, que en el fondo supone ir hacia adelante en la defensa del derecho a la vida, esa sensación de fracaso de que ya nada se puede hacer contra el aborto, de que el aborto es un mal que tenemos que aceptar.

Hemos de ser capaces de demostrar que no hay una demanda social ni una aceptación social general del aborto, porque no la hay, y de nosotros depende, además, evidenciar y mostrar que, verdaderamente, la demanda social va en el sentido contrario, como una lluvia fina, al que se está yendo por medio de legislaciones que atentan contra el derecho a la vida.

Reconozco que en el tiempo que yo llevo comprometida, en concreto, con esta causa, he vivido momentos en los que es más, digamos, agradecido o es más fácil conseguir que la sociedad se comprometa. Hay momentos en los que, desde los gobiernos o desde las leyes que amenazan, se es especialmente beligerante contra el derecho a la vida, y parece que en estos momentos es más fácil evidenciar ese rechazo social hacia el aborto, hacia la eutanasia.

El problema es que esta causa y la causa del derecho a la vida no puede estar a merced de esos vaivenes de la situación política, que sea más favorable, que nos haga tener más ganas de salir a la calle, en función de la beligerancia con la que el derecho a la vida pueda ser atacado.

Qué duda cabe que esos momentos son oportunos y pueden ser una gran oportunidad para demostrar nuestro compromiso. Son en esos otros

momentos, en esos otros intervalos en los que parece que todo está bien, en los que el enemigo de la tibieza o de la equidistancia se nos cuele por esa rendija que ha quedado abierta, son esos momentos de aparente calma en los que cada día siguen muriendo 300 niños por culpa del aborto, pero parece que todo está bien, parece que los gobernantes van a actuar, parece que el derecho a la vida está siendo más respetado; pero, sin embargo, son esos momentos en los que, como digo, siguen muriendo en España 300 niños al día por aborto, siguen siendo eliminados miles de embriones cada día y los enfermos siguen muriendo desatendidos, sufriendo con dolor, y eso hace que muchas asociaciones puedan utilizar ese dolor para ir poco a poco dando pasos a favor de la cultura de la muerte.

Esos momentos de aparente calma, en los que nos relajamos, son letales para la causa del derecho a la vida. Son letales porque esta causa es una carrera de fondo y esta causa merece y requiere que nuestro compromiso sea día a día, único, personal, intransferible y diario. Esto es una carrera de fondo en la que no debemos de parar, independientemente de que haya que hacer sprints de vez en cuando, pero lo hemos visto, lo hemos vivido y, cuando hemos creído que no era necesario salir ni alzar la voz, en ese momento, como digo, la tibieza y la equidistancia han sido armas letales que han permitido el avance de la cultura de la muerte.

¿Qué han hecho? Adormecer nuestras conciencias de nuevo, endurecer nuestra piel y pensar que la defensa del derecho a la vida o la defensa de determinados principios correspondían solo a unos pocos.

Es otro punto que para mí es fundamental y es que no nos dejemos llevar por la situación política, que no dejemos, como dice Benedicto XVI, la defensa del derecho a la vida al albur de las corrientes políticas, en este caso en concreto, porque, al fin y al cabo, la defensa del derecho a la vida es algo que ha de ser, como digo, una lluvia fina que vaya sentando y construyendo unos cimientos sólidos para que luego no pueda ser destruida.

Este es un Congreso que se llama *“Católicos y Vida Pública”*, y querría también interpelar o preguntar y llevar a la reflexión a todos los que estamos aquí sobre en qué creemos que consiste la vida pública, qué entendemos por vida pública. Porque podemos pensar que la vida pública solo la llevan determinadas personas, pero yo me pregunto: ¿quién no tiene una vida pública?

Yo, cuando tenía 15 años, no tenía vocación —pido perdón por contar esta pequeña anécdota de mi vida—, pero no tenía vocación de servicio público. Cuando me preguntan o cuando miro para atrás, siempre voy a un mismo momento, a un instante de mi vida, y sé que ese germen

lo sembró el Papa Juan Pablo II en su visita a España en el año 82, en su discurso a los jóvenes en el Santiago Bernabéu.

Cuando miro para atrás, yo siempre recuerdo sus palabras en las calles de Madrid cuando decía: *“Quien negara la defensa de la persona humana más inocente y débil, la persona ya concebida aunque todavía no nacida, cometería una gravísima violación del orden moral. Nunca se puede legitimar la muerte de un inocente”*.

Esas palabras del Papa Juan Pablo II sembraron un germen, pero que se quedó dormido durante muchísimo tiempo, seguí en mis cosas, y las circunstancias me han llevado hasta donde estoy como podrían haber llevado a otro cualquiera.

Me pregunto si no hubiera sido así, si esas circunstancias no hubieran concurrido en mi vida, si yo estaría comprometida con una causa así; y me pregunto si yo no hubiera llevado otra vida pública de otra manera, porque, como digo, todos tenemos una vida pública y no a todos se les va a ofrecer la oportunidad de tener un micrófono o de tener un escaño, pero nuestra vida pública la desarrollamos —y lo he comentado antes— en nuestro día a día.

Todos tenemos posibilidad de salir y de ser un personaje público, por muy pequeña, por muy insignificante que nos pueda parecer, pero ahí en esa vida pública nuestra de cada día es donde tenemos (inaudible).

Hablando de la vida pública y de los escaños, yo también querría hacer un llamamiento al compromiso político. A ese compromiso político del que habla el Papa Francisco cuando dice *“instar e interpelar a nuestros gobernantes y hacerlos actuar y legislar a favor del derecho a la vida es una forma de hacer política”*; pero también —ahora con el poco tiempo que llevo en el mundo de la política— me di cuenta de que es necesario y es fundamental que haya católicos en la vida política.

Dice el Papa Francisco: *“Que sean profetas de esperanza, que no tengan miedo de ensuciarse las manos, de ser —como él dice— levadura de la política en cada sociedad y suscitar transformación, estupor y compasión”*; y luego dice que se suscita estupor cuando los católicos hablamos de política, se suscita compasión y se suscita transformación. Por eso yo creo que, como dice el Papa, hemos de ser levadura de valores, especialmente en el ámbito de la cultura y de la política, y así juntos poder renovar el entusiasmo del pueblo a través de la entrega en causas desinteresadas y que toquen la vida de los miembros de la comunidad.

Yo quiero terminar apelando a ese compromiso personal, único e intransferible que todos tenemos en nuestra vida pública en defensa del derecho a la vida, en defensa de la dignidad del ser humano, en que

pongamos todos los medios a nuestro alcance para llevarlo a cabo de una manera eficaz, formándonos, como digo, informándonos y, sobre todo, saliendo de nuestra zona de confort.

Porque en las azoteas muchas veces hace sol —sobre todo en mi tierra, en Andalucía, en las azoteas muchas veces se está muy calentito, hace sol y hace un viento fresco muy apacible—, pero en las azoteas también hay muchas veces que hace mucho frío, llueve mucho y nos encontramos a la intemperie debajo de la tormenta.

Ahí es donde tenemos que ser capaces de cambiar el temporal, pregonando la verdad para poder decir, al final, cuando la verdad triunfe —porque yo estoy convencida de que algún día la verdad triunfará—, que estuvimos en el lado correcto, que contribuimos a defender la causa con mayúsculas de la vida y que contribuimos a defender el derecho a la vida, que es el primer derecho sin el cual ninguno de los derechos tiene sentido.

Muchas gracias.

– C.M.S.: Después de este envite que se nos ha lanzado, porque aquí hay un envite, no nos engañemos, aquí hay un aldabonazo también en nuestra forma de vivir y en nuestra forma de actuar. También hay que decirle no te sientas sola.

¿Cuál es el aldabonazo? La sociedad civil. Tú fuiste antes sociedad civil, antes de dedicarte a esta coyuntura en estos momentos, y esa es una manera de decirnos que se puede hacer mucho, que tenemos que hacer mucho, en donde cada uno esté. Eso es lo que yo interpreto que tú nos has dicho: donde a cada uno le toque.

A mí que siempre me gusta Spengler, *La decadencia de Occidente*, ese soldado que está hasta el final, no le llegan las órdenes, llega la lava y ahí se queda aguantando, porque hay que aguantar el chaparrón, pero ahí hay que dar un paso al frente también y hay que combatir.

Efectivamente, yo también estuve en el 82 en el Bernabéu. Juan Pablo II, que habla de esa Europa que es la cultura de la muerte; pero, desde ese punto de vista, para mí es un Papa que caló, ¿no?, tantas frases que nos ha dejado: “*No os sintáis solos, no tengáis miedo*”. Tantas cosas y tantas frases. Pues no tengamos miedo.

Es verdad que hay un compromiso, que la vida pública no es solamente la vida del político, que eso es circunstancial; cada uno donde a cada uno le toque, porque “*no eres frío ni caliente, te vomitaré de mi boca*”, que también a mí es un texto que me gusta mucho, porque es un aldabonazo, porque tú te pones de perfil en las coyunturas y creo que también en estos momentos es cierto. No me refiero a una coyuntura

política, es una coyuntura de un momento que es crucial en nuestra vida. Es decir, o damos este paso adelante o, desde luego, es verdad, también, tú hablabas del lenguaje, y es verdad la manipulación del lenguaje.

*“Interrupción voluntaria del embarazo”*, no, dígame usted exactamente a qué nos estamos refiriendo; *“preembrión”*, por no decir que lo que se está produciendo es la muerte, porque ahí lo que se está matando es a inocentes; esa selección, esa eugenesia, que son experimentos, ese científico que, de alguna manera, toma esa decisión detrás de la cual hay también una decisión política, pero que decide sobre la vida y sobre la muerte. Aquí hay muchísimas cosas que nos has mencionado, que yo creo que además son muy importantes.

Es verdad que hay que dar ese paso al frente. Este momento es crucial, que tú lo ves con esperanza, en el sentido de que, desde luego, si no hacemos nada y si nos quedamos en esa zona de confort, es evidente que no podremos hacer defensa, pero dínos qué podemos hacer. Aunque, de alguna manera, todos sabemos un poco qué es lo que podemos hacer desde donde estemos: el que es profesor universitario, el que es tal, es decir, formarse también, porque hablar sin conocimiento pues es ridículo, no caes más que en un lenguaje que no tiene detrás nada; pero dínos un poco, en fin (inaudible).

– GJ: Bueno, yo (inaudible) me da un poco de vergüenza contar ese pequeño momento de mi vida, ese pequeño relato de mi biografía, porque yo me he pasado muchos años... he estudiado Medicina y he sido pediatra (inaudible), pero yo he estado muchos años un poco ajena. He formado parte de esa sociedad, de ese sector de la sociedad que cuando se le interpela o cuando llegan determinados Gobiernos un poco más beligerantes contra esa causa, pues sí, pero las circunstancias concretas me llevaron a comprometerme con la plataforma en la que trabajé, en la primera, que se llamaba *“Hay Alternativa”* precisamente, ante todo el tema de los embriones congelados y tal, y a partir de ahí me fui metiendo.

Una de las cosas que he comprobado es que cuando uno da ese paso y pasa un poco esa barrera de, a lo mejor, los respetos humanos, de ser la imagen pública, es que eso ya no tiene marcha atrás. Parece que esa verdad que todos nacemos con ella, que los católicos parece que tenemos en nuestro ADN y en nuestro disco duro, cuando verdaderamente la reconocemos y cuando verdaderamente nos comprometemos con algo que, en ese momento, no tiene —bueno, ahora con la eutanasia pues sí, les ponemos caras y nombres— pero cuando nos comprometemos con esos seres humanos tan débiles, que, en realidad, no conocemos siquiera

—a mí el término no nacido no me gusta y nunca lo utilizo porque el no nacido (inaudible) — esos seres humanos a los que no le vemos la cara, te comprometes con ellos y, en realidad, te estás comprometiendo con algo que no ves, que no tocas, pero que es tan inmensamente débil, pues es que eso no tiene marcha atrás.

Pero a mí me gusta ser muy realista y me gusta, sobre todo, incidir mucho, por eso incido mucho en que cada uno debemos de empezar en nuestra pequeña azotea, en que cada uno seamos conscientes de que sí tenemos una vida pública. Es decir, parece que la vida pública está en la política, está en una cátedra, está en una radio, está en una televisión, pero es que nuestra vida pública se desarrolla cada día, empieza ante nuestros hijos nuestra vida pública, pero sí me gusta hacer consciente a la gente de que sí se puede, es decir, como cuando se ha de luchar contra la pobreza infantil o el hambre en mundo, difícilmente se nos va a ofrecer la oportunidad de ir a un país pobre y lejano a salvar vidas, pero sí en el día a día podamos encontrarnos con gente que puede necesitar de nuestra caridad.

Eso, trasladado a la defensa del derecho a la vida, por supuesto que hay momentos mucho más propicios, mucho más que arrastran, porque parece pues que se es más beligerante, pero hemos de saber reconocer muy bien cuándo, aunque no haya esa beligerancia por parte de determinados sectores o por parte de determinados Gobiernos contra el derecho a la vida, el hecho de no actuar, de no legislar o de no trabajar, activamente, para protegerlo, también supone un ataque a ese derecho a la vida, pero es mucho más difícil identificar esos momentos, porque parece que son más favorables a la causa del derecho a la vida.

Sin embargo, cuando vemos pasar los días, los meses, los años en los que no se hace nada —estoy hablando ahora mismo de la responsabilidad política— por proteger esa vida, por revertir esas leyes que atentan contra el derecho a la vida o cuando no se hace nada de manera activa y no se dan pasos hacia adelante para que ese derecho a la vida sea más protegido, ahí también se está atacando la vida humana. Ahí es cuando nosotros lamentablemente tendemos a replegarnos, lamentablemente tendemos a pensar que las cosas van bien, y cuando de pronto nos damos cuenta de que llegan otros y las cosas no van bien, es cuando actuamos de manera reactiva.

Entonces, el ejemplo cunde, las conversaciones influyen si eso lo acompañamos con nuestra forma de ser, por eso también he hablado de cómo acercarse al otro. Yo, si algo he aprendido en todo este tiempo es a no juzgar jamás, es decir, no pecar de ilusa, pero a no juzgar.

Tenemos una gran suerte y es que conocemos esa verdad y que, aunque muchos la conocen, no la reconocen, nosotros sí la reconocemos. Y yo me encontraba con personas que, verdaderamente, no tienen la suerte que tengo yo de poder conocer esa verdad, o la conocen y no la reconocen. Es decir, saben, como cuando dijo nuestra ministra de Igualdad Bibiana Aído, *“con 14 semanas el feto es un ser vivo, pero no humano”*, cuando la acusaban de ignorante, yo decía que no había sido una frase como consecuencia de la ignorancia o del desconocimiento de la verdad, sino que, conociendo la verdad, no la quería reconocer y no la podía reconocer, porque eso suponía desmontar todo. En ese sentido, nosotros tenemos la suerte de conocer la verdad y, además, reconocerla.

Entonces, en nuestro día a día nos podemos encontrar con gente, con personas, que, por el motivo que sea, porque no conocen o no reconocen, están en una posición distinta a la nuestra y nunca jamás debemos adoptar ese nivel de superioridad o esa posición de superioridad moral, y siempre hay algún momento en nuestro día propicio para dar testimonio de esa verdad.

Yo estoy convencida y yo invito a todas las personas que están esta tarde aquí con nosotros, aunque sea en la distancia, a que hagan ese ejercicio durante la semana que viene de ponerse a prueba, si a lo largo del día no habido un momento en el que de una manera u otra ellos hayan tenido una pequeña oportunidad de dar testimonio de la defensa del derecho a la vida en una conversación, en una noticia, en un comentario de un hijo, en un cartel, x.

Esos momentos tenemos que buscarlos y ser conscientes de que están ahí, y si hay lluvia fina, porque cuando se deja esa grieta por la que se va colando, el día que llega el aguacero, desde luego, encuentran un terreno de arenas movedizas en donde poder hacer avanzar la cultura de la muerte, y nosotros no podemos ser arenas movedizas, nosotros tenemos que crear una base sólida, un suelo sólido en nuestra azotea, en donde aquellos que intenten atacar el derecho a la vida y la dignidad del ser humano se encuentren con un suelo firme.

Lamentablemente, si actuamos movidos por la idoneidad del momento político, sin darnos cuenta de que los principios son siempre los mismos. Es decir, cuando salimos a la calle, nos quedamos en casa, el principio siempre el mismo, y tenemos que reflexionar por qué unas veces actuamos y otras no.

¿Qué podemos hacer? Como digo, yo recuerdo a, creo que era un filósofo argentino, Jorge Escala, escribió un libro, nos dio una charla una vez

y terminó diciendo: “Que cada uno haga lo que sabe hacer mejor”. Ponía de ejemplo que el que sabe hablar muy bien, que coja el micrófono y hable; el que sabe hacer fotocopias muy bien, que haga muchas fotocopias muy bien hechas y muy rápidas, pero que haga fotocopias. Entonces, la tentación de pensar que la vida pública solo es la de aquellos que tenemos un micrófono, un escaño, una cátedra a nuestra disposición, yo creo que es un error y es lo que hace que muchas veces tendamos a quedarnos un poco adormecidos.

– C.M.S.: Muchísimas gracias por tu intervención, Gádor; aceptamos el envite, creación de sociedad civil, tan importante.

– G.J.: Así es.

Muchas gracias.